

Tiempo de Shakespeare: Vuelta de tuerca a la traducción de sus sonetos

José Miguel Santamaría
Universidad del País Vasco
jm.santamaria@ehu.es

No he querido que este trabajo, que se va a publicar en un volumen de homenaje al profesor Santoyo, fuera un artículo al uso de los que suelen jalonar nuestra tarea universitaria. No lo he querido así porque yo entiendo que cuando se trata de rendir un homenaje, la parte que aportamos al mismo debería estar relacionada, de alguna forma, con el personaje y los valores y méritos que se le reconocen y que justifican semejante celebración. Y celebrar méritos logrados nos obliga, de inmediato, a volver la vista atrás, en un rápido repaso de nostálgicos recuerdos. Me gustaría, por tanto, que mi participación, mi trabajo, tratara de aunar ambos aspectos: los méritos y el tiempo pasado o el paso del tiempo. Que se recogiese en él mi reconocimiento a los valores humanos y profesionales del homenajeado y una contribución, aunque modesta, en su honor. Así que lo he dividido en dos partes.

En el caso de Julio César, a mí, que he tenido la fortuna de compartir con él tantas horas desde nuestros estudios universitarios, no me supone ningún problema conocer y reconocer sus muchos méritos y mayores valores. Lo he venido haciendo siempre que se me ha presentado la ocasión; pero tampoco quiero, en este momento, ni entrar ni extenderme en ellos para que estas líneas no se conviertan en un panegírico al uso. Prefiero resumirlos acudiendo a unos pocos versos que leí hace ya años y me parecen que ni pintiparados para la ocasión. Me refiero al extraordinario poema que Alberti dedicó a Garcilaso (Alberti 1992: 21) y que yo he querido parafrasear, con un simple cambio de sujeto, y hacer mío en referencia a Julio César.

Si Julio César volviera,
yo sería su escudero;
que buen caballero era.

Mi traje de marinero
se trocaría en guerrera
ante el brillar de su acero;
que buen caballero era.

¡Qué dulce oírle, guerrero,
al borde de su estribera!
En la mano, mi sombrero;
que buen caballero era.

Cuando leí estas líneas me impresionó el maravilloso y sentido rendirse del gran Alberti al no menos grande Garcilaso. Y desde que Julio se fue de Vitoria a la Universidad de León, siempre creí que podía resumirse en estos versos mi amistad y reconocimiento a quien ha sido *alma mater* de un amplio grupo de profesores e investigadores universitarios que él ayudó a formar y que con él hemos venido trabajando a lo largo de nuestras carreras. Por otra parte y como decía más arriba, todo homenaje obliga a refrescar y recuperar el tiempo pasado; a enfrentarnos a un tema siempre escurridizo y siempre presente.

Pero tampoco me han parecido estas líneas ni el lugar ni el momento para ahondar en pasadas vivencias y dejarnos arrastrar por la melancolía del *ubi sunt*, cuando aún podemos degustar la agrídulce complacencia del *gaudeamus*. He preferido, en consecuencia, a la hora de aderezar esta segunda faceta de mi trabajo-homenaje, valerme otra vez más de las palabras de un poeta que apuntaló la eternidad con versos y afirmó plenamente convencido:

So long as men can breath or eyes can see
So long lives this, and this gives life to thee
(Shakespeare, sonnet XVIII)

Así que he querido dedicarle a Julio César unas traducciones mías, inéditas, de algunos de los sonetos de Shakespeare. Es éste un tema que me atrajo desde el mismo momento en que la profesora Micaela Muñoz, una brillante colega hoy en la Universidad de Zaragoza, defendió, hace varios años (1986), su tesis doctoral, titulada *Ediciones y traducciones españolas de los sonetos de William Shakespeare: análisis y valoración crítica*, que más tarde se publicó en dos tomos, con

el mismo título, por el Servicio de Publicaciones de la universidad aragonesa.

En aquellas fechas y tras una exhaustiva investigación, la autora mencionaba (Muñoz 1987: 9-13) que en España se habían publicado, desde la primera, en 1877, hasta 1986, 25 traducciones de los sonetos de las cuales sólo 7 son completas: la de Astrana Marín (1929); la de Angelina Damians de Bulart (1944), la de José Basileo Acuña (1968), la de Agustín García Calvo (1974), la de Fátima Auad y Pablo Mañé Garzón (1975), la de José Méndez Herrera (1976) y la de Enrique Sordo (1982).

Como digo más arriba, yo leí la tesis y el extraordinario análisis crítico que se hace en ella. Pero me fijé, sobre todo en las traducciones. Y al leerlas surgió en mí el deseo, una especie de reto personal, de intentar mejorar aquellos versos que, salvo en algún caso contado, no me satisfacían como lector ni como admirador y estudioso de Shakespeare.

Los sonetos cuyas versiones doy en este trabajo, los elegí, en un principio, por simple preferencia estética. Luego me obligué a seguir la numeración de la serie en un intento, fallido lo reconozco, de poder completarla; pero también reconozco que esta decisión priva al trabajo del aliciente de la predilección. El problema, uno de los problemas, es que con mi traducción tampoco quedo nunca satisfecho de los resultados y cada vez que escribo la palabra “definitiva” junto a alguna de las versiones de un soneto, termino por variarla al cabo de los meses. Bueno, esto sucedería, en realidad con cualquier otra traducción; pero como en este caso no tengo fecha de entrega, me permito seguir jugando con cuantas posibilidades y alternativas se me van ocurriendo. Aquí presento sólo algunas de las versiones más bregadas, con las que me encuentro más satisfecho aunque, como digo, lo de “definitiva” se pueda entender aún como “provisional”.

Llevo trabajando en estas traducciones, a salto de mata es cierto, pero casi desde el día siguiente de publicarse la tesis de la profesora Muñoz. Las he estado dando vueltas en los momentos vacíos, entre clase y clase o entre reunión y reunión. Las he rumiado en los asientos de los autobuses, frente al mar Cantábrico y hasta en los momentos de insomnio. Y las he razonado y debatido en numerosas clases con mis alumnos. Porque los sonetos de Shakespeare han sido también tema de

mi docencia, tanto de grado como de doctorado, por lo que no he dejado de investigar sobre ellos.

Desde que comencé a hacerlo he ido adquiriendo casi todas las nuevas traducciones (en realidad todas las que he encontrado) publicadas. Así, he podido conseguir y consultar, las dos selecciones bilingües de Manuel Mujica Lainez: la publicada por Losada (Shakespeare 1964), y la publicada por Orbis-Fabbri (Shakespeare 1997); la de Fátima Auad y Pablo Mañé Garzón, bilingüe y completa (Shakespeare 1975); la de Enrique Sordo, (Shakespeare 1982) bilingüe y completa; la de Carmen Pérez Romero, bilingüe y completa, (Shakespeare 1987); la de Gustavo Falaquera, bilingüe y completa, (Shakespeare 1993); la selección bilingüe de J. R. Blanco y G. Freijo (Shakespeare 1999); la de Alfredo Gómez Gil (Shakespeare 2000), bilingüe, completa, con versión literal y recreación e ilustraciones; la selección bilingüe de Gema Vives, (Shakespeare 2003) y finalmente, hasta el momento, la de Antonio Rivero Taravillo, (Shakespeare 2004) bilingüe y completa. En catalán, he podido consultar la edición del profesor Salvador Oliva, también gran amante de Shakespeare y a quien tuve el gusto de conocer durante un trabajo común en la Autónoma de Barcelona. Tengo la segunda edición de su traducción completa al catalán, bilingüe, (Shakespeare 2003a) premio de traducción *Ciudad de Barcelona*. Ya algún tiempo antes, este mismo profesor había publicado, en castellano, *Introducción a Shakespeare* (Oliva 2001).

También he consultado cuantas publicaciones he podido sobre los sonetos, o estudios sobre los mismos, publicaciones que no cesan de aparecer en el mundo anglosajón, tanto en papel como en textos electrónicos. Así que he venido aunando durante años de investigación, docencia y práctica traductora de los sonetos, un buen cúmulo de bibliografía.

Por lo que hace al método que he utilizado no he hecho ni más ni menos que seguir las sugerencias que hago a mis alumnos a lo largo de las clases y que tratan de ayudarles (no hay panaceas ni verdades universales en la traducción literaria) a resolver los problemas o interrogantes que se suscitan, y se han suscitado desde siempre, en el momento de traducir una obra poética.

En primer lugar, yo no creo que haya que ser poeta para poder traducir bien un poema; por el contrario, no me suelen gustar las traducciones que hacen muchos poetas. Me da la impresión de que, por

el hecho de serlo y cuanto más reconocidos peor, se sienten con la libertad de dar a los poemas de los demás el aire que a ellos les va y acomodarlos a sus propios cánones estéticos. También es cierto que hay poetas que han sido muy buenos traductores, pero creo que son los menos.

Lo que sí me parece imprescindible para poder traducir poesía, cualquier obra literaria en realidad, es poseer un potencial estético innato. Sin esa predisposición uno puede llegar a dominar la técnica del arte, como la de cualquiera de las artes, pero nunca su alma. Y hay que ser un lector empedernido; poner en activo ese potencial estético que mencionaba antes. Se deben conocer los autores clásicos de la propia lengua tan bien como los de la que se va a traducir. Es preciso, en mi opinión, tener una formación literaria cuanto más amplia mejor.

Sabemos, por estudios y experiencia, que la poesía supone el uso más complejo del lenguaje; que lo que lo convierte en poesía es su empleo alambicado, la destilación de sus esencias, hasta conseguir la perfecta armonía entre verbo y sentido. Sabemos también que si siempre es difícil aislar el contenido del continente, la esencia de la forma, en un poema es casi imposible. Tanto que su traducción se cuenta entre esas “intraducibilidades” que se mencionan en algunos textos de teoría. Pero, por otra parte, nos consta que la poesía se ha venido traduciendo desde que existe. Así que yo me dije, vamos a intentarlo.

Y ahora que ya tenemos pergeñado al traductor, que ya hemos forjado sus potencias, y que hemos decidido que la tarea parece viable ¿cómo creo yo que se debe actuar frente a un poema? ¿Cuál tendría que ser el *modus operandi*? ¿Qué procesos mentales deberían desplegarse para hacer frente a la tarea de poner al alcance de otros lectores, de lectores en otra lengua, el trabajo del autor a traducir? Después de todo lo dicho hasta ahora ¿a qué se debe atender con prioridad, al sentido o a la forma, a lo que se dice o a cómo se dice?

Yo, aunque puedo estar equivocado y, en cualquier caso, es seguro que habrá quien no comparta mis posturas, creo haber llegado, tras años de estudio y práctica, a la combinación menos mala o que menos puede perjudicar al resultado de trasvasar un poema a otro idioma. Asumo que lo primero que quieren saber y, en consecuencia, de lo que esencialmente debo hacer partícipes a los lectores de mi traducción, es de las ideas que el autor quiso transmitir, de su sentido, de su mensaje. Esto es, claro, siempre que el poema no sea un mero artificio

literario, un juego en el que el autor se ha propuesto simplemente experimentar con la lengua.

En mi opinión, el intento de mantener las formas, con ser muy importante, no debería nunca impedir o coartar la transmisión del pensamiento del autor ni desfigurarlo. Ahora bien, también tengo presente que el estilo es el sello que diferencia a un autor del resto, lo que le hace singular y, en ocasiones, genial. Sé que si Quevedo es Quevedo y no Góngora es, entre otras cosas, por la dispar visión que cada uno tenía sobre la manera de entender y usar el lenguaje, con lo que esto supone. Por ello insisto en que hay que hacer el mayor esfuerzo para conservar, siempre que se pueda y no interfieran con el traslado del mensaje, todos aquellos aspectos que conforman el estilo personal de cada autor, porque los ha seleccionado, perfeccionado y usado de forma totalmente consciente para mejor llegar a su público. Y, en cuanto sea posible, debemos tratar de trasladarlos también a la lengua de llegada.

Hay tres características que se han considerado, desde antiguo, casi consustanciales a la poesía: la rima, la métrica y el ritmo. Hoy día ya no suele ser así y los poemas no rimados son casi mayoría entre los que forman el elenco de la poesía moderna. No voy a entrar a comentar aquí y ahora si me parece mejor o peor este hecho. Pero sí tengo que decir que a mis alumnos les repito una y otra vez que, en mi opinión, empeñarse en reproducir la rima y la métrica de los originales que las tengan, es un esfuerzo que no se ve compensado en el resultado e incluso puede resultar perjudicial para el mismo. La rima, en una traducción, resulta un corsé demasiado rígido para que nos permita expresar con la exactitud y precisión deseable el sentido del poema. De hecho, cuando algún traductor quiere mantenerse completamente fiel al mismo, prefiere llegar, en los casos más extremos, incluso a prosificar la traducción, como hace Astrana Marín, uno de los mejores conocedores y el primer traductor de las obras completas de Shakespeare. Pongamos, como ejemplo, la versión que nos da Astrana de uno de mis sonetos preferidos, el número 71:

No lloréis por mi, cuando haya fallecido, más tiempo
que el que dure el fúnebre clamor de la campana
anunciando al mundo que he abandonado
este vil mundo para habitar con los más viles gusanos

Antes bien, si leéis estas líneas, no os acordéis
De la mano que las escribió; pues os aprecio tanto
Que quisiera hallarme sepulto en el olvido de vuestros dulces
pensamientos
si hubiese de causaros dolor el pensar en mi.

¡Oh! —digo—, si miráis estos versos
cuando yo esté quizá mezclado con la arcilla
no repitáis ni aún mi pobre nombre,
permitid por el contrario que vuestro amor perezca con mi
vida;

No sea que el avisado mundo escudriñe vuestros gemidos
Y se mofe de vos, por causa mía, cuando yo no aliente.
(Shakespeare 1984: 179)

El problema de esta solución radica, para mí, en que a ese texto prosificado, de contenido perfecto y asequible, le falta el nervio poético. En una palabra, que no es poesía.

En el otro extremo, estarían los traductores que han apostado por traducciones rimadas. Tal el caso de García Calvo autor, según algunos críticos, de la mejor traducción al español de los sonetos y, para mi gusto, una de las más logradas. Se decide por mantener, con ciertas licencias, el metro y la rima; pero dice en el prólogo:

En cuanto al verso se ha matado dos pájaros de un tiro (el fastidio del endecasílabo y la dificultad de que, siendo el cuento silábico medio de las españolas bastante más largo que el de las inglesas, una versión fiel del inglés exige más número de sílabas) remplazando el endecasílabo yámbico del original por un verso de estructura también yámbica en principio... pero de seis pies y medio, en vez de cinco y medio, o sea de trece sílabas. (Shakespeare 1974: 26-27)

y más tarde

en fin, así como por fidelidad nos ajustábamos, de mal grado, al complicado compás silábico de los versos, así también teníamos que avenirnos con la rima consonante (seis o siete casos han quedado consonantes imperfectas, del tipo lucro/sepulcro a cortadas, del tipo los que/bosque, que espero que el lector más bien recibirá con gusto), y ello pese a las evidentes coacciones o inoportunos acoplamientos que ese recurso trae consigo (1974: 27).

Y esta es la versión que, siguiendo sus premisas, hace del soneto 71:

No hagas más duelo cuando muerto esté, por mí
Que en lo que oigas a los broncos campaniles
Al mundo dar aviso de que me partí
Del vil mundo a morar con los gusanos viles

Y aun si este verso lees, no des en recordar
Qué mano lo escribió; porque te amo tanto
Que en tus memorias dulces muerto quiero estar
si de pensar en mí ha de brotar tu llanto.

Oh, si echas –digo– una mirada a este renglón
Cuando yo acaso con la arcilla ya me amase,
No llegues de mi pobre nombre a hacer mención
Sino deja tu amor que con mi vida pase.

No sea que el docto mundo, si llorar te ve
De ti por mí se burle, cuando yo no esté.
(Shakespeare 1974: 179)

Está claro que la necesidad de encontrar rima ha obligado a García Calvo a darnos, en este caso, un verso sin musicalidad ni garra; este quizá sea, además, uno de los sonetos menos conseguidos de su trabajo.

Enrique Sordo afirma en el prólogo a su traducción:

En la presente edición bilingüe, la intención del traductor ha sido más didáctica que estética. Es decir, ha intentado acercar al lector español al contenido de los sonetos, las ideas centrales

que los presiden, en vez de ‘re-crear’ sus ritmos y cadencias. Por esta razón, hemos sacrificado casi siempre la medida del endecasílabo, así como sus cesuras, puesto que, como es sabido, la sintaxis inglesa – y más aún la del inglés de Shakespeare, como ha sido llamado – está muy alejada de la nuestra y haría incomprendible la traducción verso por verso, y caería en un constante hipérbaton o alteración del orden lógico de las palabras así como en otras figuras de construcción. En cambio hemos procurado conservar las metáforas e imágenes, algunas muy audaces, como acontece en toda la obra de Shakespeare. (Shakespeare 1982: 10)

El resultado de aplicar esta estrategia al soneto 71 es como sigue:

Cuando me muera llora sólo por mí
Mientras dure el siniestro clamor de la campana
Que anuncie que he dejado este vil mundo
Para vivir con los gusanos, aun más viles.

Si lees estas líneas, no debes acordarte de la mano
Que las trazó, porque te aprecio tanto
Que prefiero quedar de ti olvidado,
Que causarte dolor cuando en mí pienses.

Y si ves estos versos cuando yo sea arcilla,
No repitas siquiera mi desgraciado nombre;
Lo que has de permitir, por el contrario,
Es que tu amor se esfume con mi vida.

No sea que el mundo pueda ver tu pena
Y se burle de ti por causa mía.
(Shakespeare 1982: 91)

Falaquera, cuando justifica en el prólogo su trabajo, confiesa:

La única forma de ser fiel al original ha sido, por supuesto, el verso blanco. Y ateniéndome en cuanto he podido a aquello del soneto 84:

Que copie solamente lo que está escrito en ti
Sin complicar lo que es de su natural nítido.
(Shakespeare 1993: 12)

Y su versión del 71 dice así:

Cuando yo esté ya muerto, llora sólo por mí
mientras oigas las hoscas y tristes campanas
Que al mundo anuncian que huí de este vil mundo
Para entre los más viles gusanos habitar.

Aún más, si lees este verso, tú no recuerdes
Qué mano lo escribió; pues mi amor es tan grande
Que prefiero me olviden tus dulces pensamientos,
Si es que pensar en mí va a causarte dolor.

¡Oh! –digo– si recorren este verso tus ojos
cuando yo esté tal vez con la arcilla mezclado,
ni siquiera repitas mi miserable nombre,
sino haz que, con mi vida, también tu amor se extinga.

No sea que el juicioso mundo, viendo tus quejas
Por mí de ti se burle cuando yo ya no esté.
(Shakespeare 1993: 157)

La métrica parece más fácil de controlar pero, como vemos, también complica la traducción si tenemos que acomodarla a las características de otras lenguas. Luis Antonio de Villena (1997: 12-13), en su prólogo a la traducción de Mujica Lainez, que califica de “ardua labor”, dice: “Tradujo los *Sonnets* de Shakespeare conservando la estructura versaria del soneto *elisabetiano*, y en endecasílabos blancos. Se trata, pues, de una traducción en verso, pero sin la carlanca distorsionante de la rima”. Su versión del soneto 71 es como sigue:

Cuando haya muerto, llórame tan sólo
mientras escuches la campana triste

anunciadora al mundo de mi fuga
del mundo vil hacia el gusano infame.

Y no evoques, si lees esta rima,
la mano que la escribe, pues te quiero
tanto que hasta tu olvido prefiriera
a saber que te amarga mi memoria.

Pero si acaso miras estos versos
cuando del barro nada me separe
ni siquiera mi pobre nombre digas
y que tu amor conmigo se marchite,

para que el sabio en tu llorar no indague
y se burle de ti por el ausente.
(Shakespeare 1997: 99)

Nos queda, como tercer pie del gato, el ritmo. Esa alternancia, conjunción armónica y enlace de sílabas tónicas y átonas, de figuras fónicas, que dan vida a la musicalidad del lenguaje y embrujan el oído y la sensibilidad del lector. El ritmo sí me parece esencial; y quizá, hoy en día, sea la única marca de diferenciación entre el lenguaje cotidiano y el poético. Por ello insto insistentemente a mis alumnos, aquí sí, que procuren alcanzar en sus traducciones poéticas el mayor ritmo y musicalidad posible.

Rivero, en su introducción dice:

Hoy, un lector de poesía, de la poesía que hoy se escribe en nuestra lengua (pero también en la inglesa, por ejemplo) no sólo no precisa de la rima sino que por lo general prefiere la musicalidad del verso repartida en su conjunto a la marcada identidad de los finales de éste, en parte por el agotamiento de las posibles rimas consonantes, con el efecto que producen de leer algo molido cuando no ripioso...

Pasemos ahora al asunto del metro: es evidente que el alejandrino es un verso mucho más cómodo para verter un pentámetro yámbico inglés,... Mas en una poesía superadora del petrarquis-

mo, aunque con los ojos puestos en él como es la de Shakespeare, cuyo correlato entre nosotros ha de ser la de Garcilaso, Herrera, Lope o incluso Quevedo, no hay metro que mejor convenga que el endecasílabo. (Shakespeare 2004: 16-17)

Su versión del soneto 71 dice:

No te duelas por mí cuando yo muera
Pasados ya los fúnebres tañidos
Que al mundo vil anuncien que me alejo
De él por morar con los gusanos viles.

No, si lees este verso no recuerdes
Qué mano lo escribió pues te amo tanto
Que prefiero caer en el olvido
Antes que ensombrecer tu pensamiento.

Ah, si ves, como digo, estos poemas
Cuando me haya disuelto ya en el polvo,
Apenas digas mi mezquino nombre
Mas que tu amor se extinga con mi vida.

Que no que, viendo el mundo tu gran pena,
Se mofe de los dos cuando yo falte.
(Shakespeare 2004: 161)

Y tras estos testimonios que he querido aportar de diferentes enfoques y resultados^{*}, y de las reflexiones y consideraciones que he querido

* Estando ya corrigiendo las pruebas de este trabajo apareció una edición, bilingüe y completa, de Bartleby Editores, que ha traducido Christian Law Palacín. Sin tiempo para estudiarla a fondo sí puedo adjuntar, para que el lector pueda contrastarla, su versión del soneto 71.

Que dure tu aflicción, cuando yo muera
El tiempo que en tu oído la campana
Avise huraña a todos de mi huida
del mundo vil al aún más vil gusano.

hacer a modo de introducción y de la forma más llana posible, pasemos ya a la concreción de la tarea; a las traducciones que yo he realizado.

Están basadas fundamentalmente, aunque he consultado varias versiones originales, en la edición publicada por The New Penguin Shakespeare, *The Sonnets and a Lover's Complaint*, editada por John Kerrigan.

Soneto 1

Ansiamo que pervivan los seres más hermosos;
Y así, que la belleza de la rosa, no se aje,
Que cuando al más lozano el tiempo abata
Pueda ostentar un joven heredero su linaje.

Mas tú, atento sólo al brillo de tus propios ojos
Atizas con tu íntimo pálpito el fuego de tu llama,
Engendrando hambruna en un lecho de abundancia
Tú, tu propio rival y tan cruel contigo.

Tú, ahora del mundo flamante ornato
Y único heraldo de festiva primavera,
En tu propio capullo entierras tu alegría
Y, pobre necio, la derrochas sin provecho.

Si das con este verso, no recuerdes
La mano autora, pues te quiero tanto
Que de tu dulce meditar primero
Faltar quisiera a que te apesadumbres.

O si –suponte- miras esta línea
Cuando la tierra me haya hecho suya,
No digas más mi nombre miserable
Y que tu amor se pierda con mi vida.

Si no, tan sabio, el mundo, al ver tu duelo
Se burlará de ti, conmigo ausente.

Ten piedad del mundo, pues de glotones fuera
Devorarle al mundo, la tumba y tú, su parte.

Soneto 2

Cuando cuarenta inviernos cerquen ya tu frente
Y en el campo de tu beldad trincheras caven
Tus altivas prendas juveniles, hoy tan admiradas
Serán harapo ajado, en muy poco valoradas.

Y, al preguntarte dónde queda tu belleza,
Dónde aquel tesoro de tus lozanos días,
Decir que al fondo de tus rehundidos ojos
Será voraz vergüenza y alabanza vana.

Cuánto más de loar sería el uso de tu belleza
Si contestar pudieras “Este hermoso hijo mío
Cubrirá mi cuenta y excusará mi edad”
Probando que hereda de la tuya su belleza.

Sería como ser de nuevo hecho, ya de viejo,
Y ver hervir tu sangre cuando la sientas fría.

Soneto 3

Mírate al espejo y di a la faz que allí reflejas
Que tiempo es ya de darle, en otra faz, figura.
Si sus tersos rasgos sin demora no recreas
Al mundo robas, a una madre dejas yerma.

Pues ¿habrá alguna bella de virginal entraña
Que quiera desdeñar la labor de tu labranza?
O ¿quién tan loco que desee, en la misma tumba
De su egoísmo, enterrar a la progenie propia?

Tú eres el espejo de tu madre y en ti ella.
Rememora el lozano abril de sus mejores años.

También tú, por las ventanas de tu edad verías
A pesar de las arrugas, tu edad dorada.

Mas, si vives sin querer ser recordado,
Célibe muere y tu imagen morirá contigo.

Soneto 4

Pródigo insaciable ¿por qué malgastas
En ti mismo el caudal de tu belleza?
El legado de natura préstamo es, no donativo
Y, como liberal, a liberales presta.

Entonces, gentil avaro, ¿por qué abusas
Del gran caudal que para dar te dieron?
Usurero sin provecho ¿por qué así usas
Tal suma de sumas, y vivir no logras?

Porque, al comerciar sólo contigo
A ti mismo de tu dulce ser te privas
¿Cómo, pues, cuando natura te reclame
Podrás presentarle cumplida auditoría?

Tu belleza, mal gastada, a la tumba irá contigo;
Bien usada, viviría para ser tu valedora.

Soneto 5

Estas horas que con gentil cuidado enmarcaron
La hermosura en que reposan nuestros ojos
Se tornarán tiranas de aquello que adornaron
Y privarán de belleza a cuanto en ella excede.

Porque el tiempo, incansable, al estío empuja
Hacia el odioso invierno y allí lo retiene,
Hiela la savia el frío y caen las hojas verdes.
La nieve oculta la belleza y todo es un baldío.

Salvo por el fruto que nos queda del verano,
Líquido destilado y preso entre muros de cristal,
Con la belleza también se irían sus efectos
Dejándonos sin ellos, sin memoria del pasado.

Mas las flores se destilan y el rigor invernal
Sólo de aspecto les priva; su suave olor sigue vivo.

Soneto 6

No dejes que la cruda mano del invierno hiele
tu verano antes de haberlo cosechado,
Siembra algún lugar; atesora en algún sitio
De tu belleza el tesoro antes que se arruine.

Usada así, nadie la juzgará ilegal usura;
Alegra a quienes pagan el crédito aceptado.
Supone que tú engendres otro como tú
O multiplicar por diez la dicha, diez por uno.

Diez veces más feliz serás de lo que eres
Si diez de los tuyos diez veces te recrean
¿Qué podrá hacer, pues, la muerte cuando partas
Sino dejarte seguir viviendo en tu progenie?

No seas terco; que no sea tu sin par belleza
Trofeo de la muerte, de gusanos herencia.

Soneto 7

Mira, cuando en oriente la agraciada luz
Alza su testa ardiente, los ojos todos
Rinden homenaje a la nueva aparición
Y con la vista su sacra majestad adoran,

Y cuando corona la alta colina celestial
Con fortaleza aún juvenil en su edad madura,

Aún los ojos mortales idolatran su beldad
Mientras contemplan su dorado caminar.

Mas cuando desde la cima, su carro cansado
Como la edad provecta, abandona ya el día
Los ojos, antes tan serviles, de él se apartan,
al declinar su camino, y su mirada evitan.

A ti, que estás ya dejando atrás tu mediodía;
Nadie, salvo un hijo, te asistirá en la muerte.

Soneto 8

Si es música al oído, ¿por qué te causa pena?
Dulce, no mata al dulce; Gozo, con el gozo goza
¿Por qué amas lo que sin placer recibes?
¿O es que con placer la desolación recibes?

Si la armonía de sonidos bien acordes,
En matrimonio unidos, ofende tus oídos,
Es porque te avisan con dulzura de que yerras
Al tocar solo una de las partes que te tocan.

Mira cómo las cuerdas, en dulces parejas
Conjuntadas, en armónico orden, vibran,
Símbolo del padre, hijo y amante madre,
Y entonan, juntos, una plácida canción.

Cuyos varios sonos, sin voz, pero al unísono,
Con su cantar, te dicen: nada lograrás soltero.

Soneto 17

Quién en el futuro dará a mis versos crédito
Si cuajados están de tus más altos valores?
Aunque son, bien lo sabe el cielo, cual tumba
Que oculta tu vida y, en parte tu beldad.

Si pudiera describir la belleza de tus ojos
Y con nuevos números nombrar todas tus gracias
La edad futura diría: este poeta miente,
Tan celestes toques no tocan faces mortales.

Y de mis líneas, que el tiempo tornará borrosas,
Se mofarán, tratándome de viejo mentiroso
Y lo que tuyo es, tendrán por locura de poeta
Y métrica recrecida de añejas canciones.

Pero si viviese entonces alguno de tus hijos,
Tú dos veces vivirías: en él y en mis poemas.

Soneto 18

¿Cabría compararte a un día del primer estío?
Eres tú más precioso y mucho más atemperado.
Duros aires azotan los bellos brotes de mayo
Y el plazo del verano tiene pronto vencimiento.

Algunas veces el ojo del cielo ardiente brilla
Y otras muchas más se nubla su áureo continente
Y toda belleza su belleza pronto pierde
Por el azar o natura mudable arrebatada.

Mas no se agostará tu estío sempiterno
Ni harás cesión de la belleza que atesoras
Ni se ufanará la muerte de que a su sombra moras
Cuando en versos inmortales al tiempo sobrevivas.

En tanto el hombre aliente o los ojos tenga vista
Estos versos durarán y harán durar tu vida.

Soneto 50

Con qué tristeza no haré las jornadas del camino
Si mi mayor anhelo, el fin de este penoso viaje,

Hace que el descanso y el reposo me recuerden:
“Tantas millas quedas ya más lejano de tu amigo”.

La bestia que me carga, abrumada por mi pena
Marcha cansina, soportando así mi pesadumbre,
Como si la pobre por instinto ya intuyera
Que el jinete prisa no quiere, pues de ti le aleja.

No logra incitarle ni la ensangrentada espuela
Que, en ocasiones, mi cólera clava en sus ijares
A la que con dolor responde; y su quejido
Más se clava en mí que el acicate en su costado

Pues esa misma queja, en mi mente me repite:
Mi dolor está delante y atrás mi gozo queda.

Soneto 52

Soy como ese rico cuya bendita llave
abrirle puede el dulce tesoro que atesora,
mas se abstiene de admirarlo a cada hora
para no embotar el placer del raro gozo.

Hay, sí, fiestas muy solemnes y esperadas
Pues son tan pocas en el cómputo del año,
como gemas que se engarzan espaciadas
O joya capitana en cara gargantilla

Así es el tiempo que nos faltas, como baúl
O armario que oculto mantiene el bello vestuario
para hacer especial un especial momento
al desplegar, de nuevo, su encerrado orgullo.

Bendito tú, cuya valía alternativa ofrece,
si poseído, el triunfo, si ausente, la esperanza.

Soneto 53

¿Cuál tu sustancia es? ¿De qué estás hecho
que en ti se centran mil extrañas formas?
Porque todos tenemos una sola forma
Y tú, solo, puedes hacer a todos sombra.

Descríbeme a Adonis, y su figura
resultará pobre remedo de la tuya.
Junta en la faz de Helena toda la hermosura
Tú, en ático atavío, recreas su retrato

Cita la primavera y la sazón del año:
La una sombra es de tu belleza,
La otra, equipararse puede a tus riquezas,
Y en toda forma hermosa a ti te vemos.

En cuanta gracia existe, tú tienes parte;
más nadie como tú, en corazón constante.

Soneto 54

Ah, cuánto más bella la belleza nos parece
Con el gentil ornato que la verdad le añade.
La rosa es bella pero más bella la estimamos
Por el suave aroma que se atesora en ella.

Del escaramujo el tono es tan intenso
Como el tinte perfumado de la rosa.
Semejantes son su encanto y sus espinas
Cuando abre sus brotes el aire del verano.

Mas, pues es su única virtud el ser vistoso
Sin cariño vive, se seca sin causar pena.
Muere en soledad. No así las bellas rosas.
Su dulce fin nos deja aromas admirables.

Así será contigo, gentil y amado joven;
Al final, destilarán mis versos tu verdad.

Soneto 55

Ni los mármoles ni los dorados monumentos
De reyes, más vivirán que mis valiosas rimas
Y tú brillarás con mayor luz en estas líneas
Que en lápida que el tiempo, vesánico, envilece.

Aunque el bélico debacle derrumbe estatuas
Y el motín arrase los muros de fuerte sillería
Ni espada de Marte ni bélicas llamas apagarán
El registro y recuerdo vital de tu memoria.

Contra la guerra y la enemiga desmemoria
Prevalecerás; y aún habrá lugar para tu loa
Incluso ante los ojos de gentes venideras
Que el mundo acogerá hasta el postrer destino.

Así, hasta que al Juicio ineludible te presentes,
En estos versos vives, y en ojos amantes moras.

Soneto 60

Como olas que rompen en pedregosa orilla
Así se afanan nuestros minutos a su fin;
Supliendo cada uno al precedente,
En incesante empeño lanzados a porfía

El nacer, que fue culmen luminoso
A su madurez avanza, mas apenas coronada,
Su gloria combaten pérfidos eclipses,
Y el tiempo, el don que le dio ya le arrebató.

El tiempo destempla ardores juveniles
Y marca surcos en la faz de la belleza

Devora lo mejor de la Naturaleza
Y nada crece que no siegue su guadaña

Mas, al tiempo, espero, vencerá mi verso
Que alaba tu valía, pese a su cruel mano.

Soneto 66

Harto ya de todo, el descanso de la muerte pido.
Cuando miro y veo al Mérito un mendigo nato,
Y la nuda Nulidad alegremente disfrazada,
Y la más pura Fe miserablemente perjurada,

Y el áureo Honor vergonzosamente desterrado,
Y la virginal Virtud brutalmente violada,
Y la recta Perfección mendazmente deformada,
Y la Fuerza por tortuosos medios anulada,

Y el Arte por la autoridad amordazado,
Y la Necedad que, como docta, al saber domina,
Y la ingenua Verdad motejada de simpleza,
Y el Bien, cautivo, sirviendo a capitán malvado,

Harto de todo esto, ya de aquí me hubiera ido,
Salvo que mi morir deja a mi amor abandonado.

Soneto 70

No consideres culpa tuya el ser culpado.
De la calumnia la beldad es blanco eterno;
La sospecha seguirá siempre a la hermosa
Cual cuervo que corta el dulce azul del cielo.

En tanto seas honrado, la calumnia sólo
Encumbrará lo que el tiempo ansía: tu valía;
Los gusanos buscan los brotes más tiernos
Y tú ofreces la más pura y limpia lozanía.

Salvaste las celadas de la edad primera
Sin ser atacado o saliendo victorioso;
Aún así tu triunfo no puede ser el triunfo
Que atajar logre envidia siempre en auge.

Si la luz del mal no velase tus facciones
Serían solo tuyos cientos de corazones.

Soneto 71

No más tiempo me llores cuando muera
Que el que dure el triste doblar de la campana
Anunciando al mundo vil que lo he dejado
Por ir a morar con más viles gusanos.

Ni recuerdes, si leyeres estas líneas
Qué mano las trazó, pues tal te amo
Que no quiero ocupar tus dulces pensamientos
Si el pensar en mi te causa daño.

O, si miras estos versos, pongo al caso,
Cuando yo esté, quizás, al polvo unido
Ni intentes musitar mi pobre nombre.
Deja partir tu amor con mi último suspiro

Para que el mundo sabio no vea tus gemidos
Y se burle de ti, por mí, cuando me haya ido.

Soneto 76

¿Por qué mi verso árido está de nuevos bríos
tan sin variedad o cambios repentinos?
¿Por qué, según es moda, no busco en otro lado
Métodos modernos y temas más complejos?

¿Por qué aún escribo igual, siempre lo mismo
Y visto mi ingenio con tan notorio atavío

Que casi pregonan las palabras mi nombre
Dejando bien patente su cuna y su origen?

Sabes, dulce amor, que de ti siempre escribo
Y Tú y Amor aún sois mi único motivo.
Solo sé bien revestir viejas palabras
Usando una vez más lo ya gastado.

Porque como el sol, nuevo y viejo cada día,
Así es mi amor, repite lo que ya está dicho.

Soneto 83

Nunca pensé que retrato precisases
Así que no apliqué color a tu belleza.
Comprendí, o así lo creo, que superas
La árida loa que te deben los poetas.

Me he adormilado, pues, en alabarte,
Y es que tu propia presencia bien señala
Cuán pobre resulta pluma imberbe
Si intenta glosar gracias que en ti exceden.

Por mi silencio me imputas un pecado,
Pero más gloria alcanzaría siendo mudo,
Pues, callado, no ofendería a tu belleza;
Una fosa abren otros cuando quieren darte vida.

Vive más vida en uno de tus bellos ojos
Que la que tus dos poetas cantarte puedan.

Referencias

Alberti, Rafael. 1992. *90 poemas*. Prólogo y selección de M^a
Asunción Mateo. Madrid: Ediciones de la Torre.

- Muñoz, Micaela. 1987. *Ediciones y traducciones españolas de los sonetos de William Shakespeare: análisis y valoración crítica*. Zaragoza: Universidad de Zaragoza.
- Oliva, Salvador. 2001. *Introducción a Shakespeare*. Barcelona: Península.
- Shakespeare, William. 1964. *Sonetos*. Selección y traducción de Manuel Mujica Lainez. Buenos Aires: Losada.
- Shakespeare, William. 1974. *Sonetos de amor*. Edición y traducción de Agustín García Calvo. Barcelona: Anagrama.
- Shakespeare, William. 1975. *Poesía completa*. Traducción de Fátima Auad y Pablo Mañé Garzón. Barcelona: Ediciones 29.
- Shakespeare, William. 1982. *Sonetos*. Traducción y prólogo de Enrique Sordo. Barcelona: Libros de Plon.
- Shakespeare, William. 1984. *Sonetos*. Edición preparada por Luis Astrana Marín. Madrid: Editora Nacional.
- Shakespeare, William. 1986. *The Sonnets and a Lover's Complaint*. Edited by John Kerrigan. Harmondsworth: The New Penguin Shakespeare.
- Shakespeare, William. 1987. *Monumento de amor (Los sonetos de William Shakespeare vertidos al castellano en sonetos)*. Edición, introducción y notas de Carmen Pérez Romero. Cáceres: Universidad de Extremadura.
- Shakespeare, William. 1993. *Sonetos*. Traducción de Gustavo Falaquera. Madrid: Hiperión.
- Shakespeare, William. 1997. *Sonetos*. Selección y traducción de Manuel Mujica Lainez. Prólogo de Luis Antonio de Villena. Barcelona: Orbis Fabbri.
- Shakespeare, William. 1999. *Canciones y poemas de amor*. Selección, traducción y prólogo de José Ramón Blanco y Gloria Freijo. Bilbao: Muelle de Uribitarte Editores.
- Shakespeare, William. 2000. *Los sonetos de Shakespeare*. Traducción de Alfredo Gómez Gil. Madrid: Edaf.
- Shakespeare, William. 2003. *Els sonets*. Traducción al catalán de Salvador Oliva. Barcelona: Edicions 62.
- Shakespeare, William. 2003. *Shakespeare para recalitrantes*. Selección bilingüe de Gema Vives. Sevilla: Jamais.
- Shakespeare, William. 2004. *Sonetos*. Traducción de Antonio Rivero Taravillo. Sevilla: Colección Renacimiento.

- Shakespeare, William. 2009. *Sonetos*. Traducción de Christian Law Palacín, Madrid: Bartleby Editores.
- Villena, Luis Antonio de. 1997. Prólogo. En *Sonetos*, William Shakespeare. Barcelona: Orbis Fabbri.